La incidencia de la IA generativa en la constitución subjetiva: un análisis desde el lenguaje, el psicoanálisis y la política

Ensayo académico

Trabajo final de grado

Estudiante: María Agustina Zuasnábar Sbarbaro

Tutor: Prof. Agdo. Dr. Gabriel Eira Charquero

Revisora: Ay. Doc. Dra. Natalia Laino Topham

Facultad de psicología, Universidad de la República

Montevideo, Uruguay

Julio, 2026

Índice

Agradecimientos 2

Introducción 3

La dimensión pragmática: IA generativa y los juegos del lenguaje 5

La dimensión inconsciente: el Otro algorítmico 10

La dimensión política: tecnología, centralización y subjetividades 16

Conclusión 20

Referencias 23

Agradecimientos

Este trabajo final condensa mi trayectoria por la Facultad de Psicología, pero también me permite, de algún modo, retomar recorridos anteriores que habían quedado abiertos. La filosofía del lenguaje de Wittgenstein había aparecido años atrás, durante mi formación en comunicación; volver a ella desde otra disciplina y con otras preguntas le dio a este ensayo el sentido de un reencuentro, y quizás de una integración.

Si algo agradezco de la formación en la Udelar es su tónica crítica: la invitación a ver con otros ojos, a problematizar lo que parece dado. Es una manera de mirar que fue permeando, poco a poco, no solo lo teórico, sino también el modo de habitar lo cotidiano.

A mis compañeras de formación les agradezco la red de apoyo que tejimos juntas, fundamental en cada etapa de este recorrido: un crecimiento que fue, antes que nada, colectivo. Y a Albus, Minerva y Galactus, fieles compañeros, por su presencia a lo largo de tantas horas de estudio.

Introducción

Con el lanzamiento de sistemas de inteligencia artificial generativa, millones de personas comenzaron a delegar tareas que hasta hace poco parecían irreductiblemente humanas como formular argumentos complejos, estructurar ideas difusas, incluso elaborar la manera de comunicar emociones. Estos sistemas se han integrado a lo cotidiano con una velocidad sin precedentes. Según el informe *Generative AI and News Report* (Reuters Institute, 2025), el porcentaje de personas que declara haber usado al menos un sistema de IA generativa en la última semana casi se duplicó en apenas un año, pasando de 18% a 34%, en seis países encuestados (Argentina, Dinamarca, Francia, Japón, Estados Unidos y Reino Unido). Para poner esto en perspectiva, este ritmo de adopción es aproximadamente tres veces más rápido que el de la difusión inicial de Internet en estos mismos países a finales de los años noventa (p. 10).

Esta irrupción no constituye simplemente la aparición de una herramienta tecnológica más, ya que no solo externaliza capacidades operativas, sino que interviene en la dimensión del *logos* mismo, ese territorio donde palabra y pensamiento son indisociables, donde razonar, argumentar y significar no son operaciones sucesivas sino simultáneas. Cuando un sistema de IA generativa produce discurso, no está simplemente redactando algo que el sujeto ya pensó en silencio, está participando del proceso en el que pensar y decir se constituyen mutuamente. Lo que se delega, entonces, no es una tarea operativa como recordar, calcular, buscar información, sino la producción discursiva misma, aquella que tanto el psicoanálisis lacaniano (Lacan, 1966/2009, p. 484) como la psicología sociocultural (Vygotsky, 1934/1995, p. 93) reconocen como constitutiva de la subjetividad.

¿Qué sucede entonces con la constitución del sujeto cuando el lenguaje que lo constituye es co-producido algorítmicamente? La tensión entre promesa emancipadora y la amenaza de dominación ha acompañado cada revolución tecnológica. Bookchin (1965), en plena euforia por la automatización publicaba *Hacia una tecnología liberadora,* respondiendo al pesimismo determinista de Ellul (1954/1964). Para Ellul, la técnica moderna había adquirido autonomía propia, convirtiéndose en un sistema totalizante que esclaviza inevitablemente al ser humano.

Bookchin (1965) rechazaba este fatalismo:

> No puedo asegurar que la técnica tenga que traer necesariamente la liberación del hombre o que ella sea siempre beneficiosa para su desarrollo; tengo sí, la certeza de que el hombre no ha nacido para ser esclavo de la técnica. (p. 4)

Es así que la clave no residía en la herramienta misma sino en qué la controla, para qué fines y bajo qué organización social. Una tecnología descentralizada a escala humana podría liberar, una tecnología centralizada, corporativa podría reproducir la dominación.

Seis décadas después de aquella advertencia, la IA generativa de algún modo reabre este debate con nueva intensidad. Los grandes modelos de lenguaje prometen democratizar capacidades cognitivas, liberar tiempo mental, potenciar la creatividad. OpenAI declara en su misión “asegurar que la inteligencia artificial general beneficie a toda la humanidad” (OpenAI, 2026, sección About), mientras el CEO de Google enfatiza que "La IA va a empoderar a casi toda la humanidad para expresarse" [traducción propia] (Pichai, como se citó en Fridman, 2025, 20:07). Sin embargo, estos sistemas operan bajo una lógica corporativa altamente centralizada.

Esta configuración centralizada no es solo un problema político-económico, también tiene implicancias teóricas para pensar la relación entre sujeto, lenguaje y técnica. Desde distintas perspectivas, emergen preguntas que trascienden al debate clásico sobre automatización. La filosofía del lenguaje de Wittgenstein (1953/1988) con su concepto de *juegos de lenguaje* arraigados en *formas de vida* (*Lebensform*), permite pensar la paradoja de la IA generativa: estos sistemas reproducen patrones de uso lingüístico con asombrosa competencia, pero carecen de la experiencia vital que da sentido a esos patrones. Siguiendo esto, la IA opera con uso correcto, pero sin comprensión.

Por otro lado, siguiendo una perspectiva teórica distinta, el psicoanálisis lacaniano permite repensar este tema desde otro ángulo. Si la constitución subjetiva es estructuralmente intersubjetiva, el sujeto se constituye en relación con el Otro, ¿qué tipo de Otro son Copilot o ChatGPT? Siempre responde, siempre está disponible. ¿Qué efectos produce interactuar cotidianamente con un Otro así?

Possati (2020) ofrece un marco interpretativo que articula estas preocupaciones, reinterpretando a Lacan a través de la antropología de Latour, argumenta que el inconsciente es efecto de una mediación técnica (p. 2). El espejo produce el registro imaginario, el lenguaje el simbólico y la IA constituiría un tercer registro: el algorítmico. Para el autor, la IA no es una herramienta más, sino que participa en cómo los sujetos se constituyen.

Este ensayo se propone explorar la incidencia de la IA generativa en la constitución subjetiva problematizando estos tres aspectos mencionados: la externalización simbólica, el lenguaje co-producido y la intersubjetividad algorítmica. Para abordar estas cuestiones, el ensayo articulará distintas perspectivas teóricas con

el fin de estudiar y pensar el fenómeno de la IA simultáneamente desde la dimensión pragmática del lenguaje, la dimensión inconsciente y la dimensión política.

Las herramientas no tienen intenciones propias, pero tampoco son neutrales, se inscriben en configuraciones sociales que las orientan hacia ciertos fines. La contribución de este ensayo no estará en dar respuestas sino en ofrecer una perspectiva crítica sobre qué está en juego subjetivamente en esta nueva configuración de la relación entre el lenguaje, técnica y constitución del sujeto.

1. La dimensión pragmática: IA generativa y los juegos del lenguaje

Para comprender qué está en juego cuando un sujeto delega la formulación de sus ideas a un sistema de inteligencia artificial generativa, es necesario detenerse primero en una pregunta aparentemente simple: ¿qué significa usar el lenguaje? La filosofía tardía de Ludwig Wittgenstein ofrece un marco interesante para pensar esta cuestión, precisamente porque desplaza la pregunta por el significado desde la referencia hacia la práctica. En las *Investigaciones Filosóficas* (Wittgenstein, 1953/1988) se abandona la idea de que las palabras funcionan como etiquetas adheridas a objetos o conceptos, y propone en su lugar que el significado de una expresión es su uso en el lenguaje. Esta formulación aporta una perspectiva para poder pensar la relación entre la IA y la subjetividad.

El concepto central de este giro es el juego de lenguaje (*Sprachspiel*): el lenguaje no es un sistema formal autónomo, sino una actividad entretejida con prácticas, gestos, contextos e instituciones que Wittgenstein denomina formas de vida (*Lebensform*) (Wittgenstein, 1953/1988, p. 217). Dar una orden, hacer un chiste, formular una excusa: cada uno de estos actos lingüísticos obtiene su sentido no de una gramática abstracta sino de la totalidad de la situación humana en la que se inscribe. Es así que comprender una expresión no es decodificar un mensaje, es saber moverse en una forma de vida. Wittgenstein (1953/1988) menciona: “No somos conscientes de la indescriptible diversidad de todos los juegos de lenguaje cotidianos porque los vestidos de nuestro lenguaje los igualan a todos” (p. 511).

Siguiendo esta perspectiva, la IA generativa introduce una paradoja filosófica interesante. Los grandes modelos de lenguaje (LLM) como ChatGPT o Claude no procesan significados sino que operan sobre patrones estadísticos extraídos de enormes corpus textuales. Sin embargo, el resultado de esta operación estadística es, en muchos casos, lingüísticamente indistinguible de lo que produciría un hablante competente. Este fenómeno no carece de antecedentes, ya en 1950 Alan Turing proponía sustituir la pregunta *can machines think?* [¿pueden pensar las máquinas?] por

un criterio práctico al que llamó *imitation game* [juego de imitación] (Turing, 1950, p. 433). En él, un interrogador se comunica por texto con dos interlocutores, una persona y una máquina e intenta distinguir cuál es cuál. Si el interrogador no logra identificar a la máquina con mayor frecuencia que al azar, la pregunta por el pensamiento quedaría, según Turing (1950, p. 434), reemplazada por una verificación práctica: lo que importa no es si la máquina piensa o no, sino si su comportamiento resulta indistinguible. El autor aventuraba que, en 50 años, (es decir, en el 2000) sería posible programar computadoras para que un interrogador promedio, tras cinco minutos de conversación, no lograra identificar a la máquina con más de un 70% de acierto (Turing, 1950, p. 442). Aunque esa estimación resultó optimista en su momento, el desarrollo reciente de los grandes modelos de lenguaje parece acercar e incluso superar ese umbral.

Lo interesante es que décadas antes de los LLM, un programa rudimentario, ya ponía en evidencia la fragilidad de esa distinción. ELIZA, desarrollado por Weizenbaum en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) en 1966, simulaba ser una terapeuta rogeriana mediante reglas simples de reformulación. El sistema devolvía frases del usuario como preguntas, sin procesar su contenido. El propio Weizenbaum (1976) quedó alarmado al descubrir que usuarios le atribuían comprensión genuina al programa y llegaban a establecer vínculos emocionales con él, incluso sabiendo que era una máquina. Si ELIZA, con sus reglas primitivas, ya producía este efecto de reconocimiento, los LLM actuales lo intensifican. Estos nuevos sistemas no reformulan, sino que generan discurso original, contextualmente adecuado y estilísticamente modulado.

El sistema sabe cuándo es apropiado usar un tono formal, cuándo introducir una metáfora, cuando modular la intensidad emocional de una respuesta. Reproduce cada vez mejor la capacidad de usar expresiones de manera adecuada al contexto, pero lo hace sin participar de ninguna forma de vida. No hay dolor detrás de sus palabras de consuelo, ni deseo en sus recomendaciones. Esto plantea un desafío a este marco de pensamiento; si el significado es el uso y la IA usa el lenguaje de manera funcionalmente correcta ¿debemos concluir que la IA comprende? La respuesta, desde Wittgenstein sería negativa ya que la IA no participa de los juegos de lenguaje como jugador. Se podría decir que la IA de algún modo maneja las piezas pero no juega el juego.

Lo relevante para este ensayo no es la pregunta ontológica sobre la IA (¿comprende o no comprende?) sino su reverso pragmático: ¿qué efectos produce en el sujeto humano la interacción sostenida con un sistema que simula competencia lingüística sin forma de vida? Consideremos una situación cotidiana que se ha vuelto

cada vez más frecuente: una persona necesita expresar algo difícil, una queja laboral, una disculpa compleja, un sentimiento ambiguo y recurre a ChatGPT para que le ayude a encontrar las palabras. El sistema genera una formulación, la persona la lee y reconoce algo de lo que quería decir, quizás mejor articulado de lo que ella misma podría haberlo hecho en ese momento. De esta manera, adopta esa formulación, la envía, la hace suya. ¿Qué ha ocurrido en este acto? Desde una perspectiva instrumental, nada problemático: se ha utilizado una herramienta para comunicar de manera eficaz, del mismo modo que se utiliza un diccionario. Pero desde la perspectiva que Wittgenstein abre, algo significativo se ha desplazado. El trabajo de buscar las palabras, esa elaboración que implica ajustar la expresión hasta que suene como se quiere decir, no es un paso previo a la comunicación, es parte constitutiva del proceso de pensar. Wittgenstein (1953/1988) advertía contra la idea de que el pensamiento es algo que ocurre detrás o antes del lenguaje, como si primero se pensara y luego se buscara la expresión adecuada: “cuando pienso con el lenguaje, no me vienen a las mientes significados además de la expresión verbal; sino que el lenguaje mismo es el vehículo del pensamiento” (p. 261). En muchos casos, encontrar las palabras es pensar. La formulación no traduce un pensamiento previo, lo constituye.

Esta idea encuentra un eco en la psicología sociocultural de Vygotsky, aunque formulada desde otro marco. En *Pensamiento y lenguaje* (1934/1995) sostiene que “el pensamiento no se expresa simplemente en palabras sino que existe a través de ellas” (p. 93). Si Wittgenstein afirma que el lenguaje es vehículo del pensamiento, es decir, que no hay pensamiento separado del lenguaje que lo porta, Vygotsky llega al mismo punto desde la dirección inversa: el lenguaje no es un vehículo que transporta un contenido mental preexistente, sino el medio en el cual el pensamiento se constituye como tal: “el pensamiento nace a través de las palabras” (p. 112). El pensamiento verbal se desarrolla a partir de la internalización de intercambios sociales. Lo que primero es diálogo entre personas se convierte, progresivamente, en diálogo interno del sujeto consigo mismo (Vygotsky, 1934/1995, pp. 20-21).

Este concepto de habla interna resulta particularmente pertinente para pensar la IA generativa. Para Vygotsky (1934/1995), esta es una función psíquica superior que permite al sujeto regular sus propias acciones usando el lenguaje como medio auxiliar (p. 48). No es simplemente lenguaje silencioso ya que tiene una estructura propia: abreviada, predicativa (p. 75), y gobernada por el predominio del sentido personal sobre el significado convencional (p. 107). Lo decisivo es su origen: el habla interna procede de la internalización del habla social (pp. 20-21) La pregunta que Vygotsky permite formular es: ¿qué tipo de habla interna se constituye cuando una proporción creciente

del diálogo externo es con un algoritmo? La pregunta no es retórica. Si las propiedades del habla interna derivan de las características del diálogo externo del cual proceden, entonces las condiciones de ese diálogo no son diferentes para la estructura del pensamiento que de él se constituye. El hablante interno puede condensar porque ha transitado el proceso completo de elaboración con otro. Pero ese tránsito supone haber encontrado resistencia: la incomprensión del interlocutor, la necesidad de reformular, el ajuste progresivo entre lo que se quería decir y lo que el otro efectivamente entendió. Es en esa fricción donde la palabra se singulariza, donde deja de ser fórmula y se convierte en expresión propia.

La interacción con un sistema de IA generativa presenta una dinámica radicalmente distinta. No hay comprensión genuina que obligue a reformular, no hay desacuerdo que fuerce a precisar, no hay el desconcierto productivo que aparece cuando el otro entiende algo diferente de lo que se intentaba decir. La respuesta del sistema llega inmediata, coherente, sin los accidentes que caracterizan al intercambio entre hablantes. Cabe hipotetizar, entonces, que un diálogo externo sin fricción tendería a producir un habla interna más fluida pero menos trabajada, más disponible pero menos propia. No se trataría de una pérdida cuantitativa sino de una transformación cualitativa: un habla interna que reproduce la fluidez del sistema sin haber atravesado el trabajo de elaboración que esa fluidez, en el intercambio humano, presupone.

La idea anterior puede pensarse también desde otro concepto central de Vygotsky: la zona de desarrollo próximo (ZDP), definida como la distancia entre lo que el sujeto puede hacer por sí solo y lo que puede hacer con la guía de otro más capaz (Vygotsky, 1934/1995, p. 48). En la concepción de Vygotsky, el andamiaje que el otro proporciona es constitutivamente provisorio: su función es permitir que el sujeto internalice progresivamente la capacidad hasta poder ejercerla de manera autónoma. El tutor humano, el docente, el par más experimentado, ofrece un sostén que se retira a medida que el sujeto lo necesita menos. La IA generativa, en cambio, constituye un andamiaje que no se retira. Está siempre disponible, siempre dispuesto a producir la formulación completa, sin graduar la ayuda ni evaluar si el sujeto podría haber llegado solo. En términos de Vygotsky, un andamiaje permanente no promueve la internalización, sino que la vuelve innecesaria: ¿para qué desarrollar una capacidad si el soporte externo nunca se ausenta?

Cuando se delega este trabajo a un sistema algorítmico, entonces, lo que se externaliza no es una tarea mecánica sino un aspecto del proceso de la constitución del pensamiento y, por extensión, del sujeto que piensa. La persona que acepta la

formulación del sistema como propia se encuentra en una posición paradójica: reconoce como suyo algo que no elaboró. Hay un efecto de reconocimiento: el sujeto siente que eso es lo que quería decir, que resulta genuino en tanto experiencia subjetiva, pero elude el trabajo simbólico que, en otras condiciones, habría sido necesario para llegar a esa formulación. Es como si el sistema ofreciera el destino sin el recorrido.

Un diccionario de sinónimos o un corrector ortográfico asisten a la persona sin sustituirla, ofrecen opciones puntuales dentro de un discurso que el sujeto sigue estructurando. Al hacerle consultas de esta índole a un amigo, por ejemplo, esto implica una interacción genuinamente intersubjetiva donde hay negociación de sentido, malentendidos, reformulaciones mutuas. La IA generativa opera de una manera cualitativamente distinta: produce el discurso completo, estructurado, contextualmente adecuado, listo para ser apropiado. El sistema genera y el sujeto elige adoptar o no pero no hay construcción, no hay un tipo de fricción simbólica que caracteriza al intercambio humano.

Lo que hace que este fenómeno merezca atención no es su naturaleza sino su escala y su normalización. Si se tratara de un recurso ocasional para situaciones puntuales, sus efectos subjetivos serían probablemente insignificantes, pero como se señalaba anteriormente, la velocidad de adopción de estos sistemas no tiene precedentes. Cuando un tercio de la población de seis países diversos (Argentina, Dinamarca, Francia, Japón, Estados Unidos y Reino Unido) declara usar IA generativa semanalmente (Reuters Institute, 2025), y cuando una proporción significativa de estos usos involucra la producción de texto en primera persona, estamos ante un fenómeno que afecta a la relación cotidiana de millones de personas con su propio lenguaje.

Este fenómeno no es ajeno al contexto local. Según la 22ª edición del Perfil del Internauta Uruguayo (Grupo Radar, 2025), el porcentaje de uruguayos que ha probado alguna herramienta de inteligencia artificial pasó del 40% al 65% en apenas un año, y más de 900.000 personas las utilizan más de una vez por semana. El 18% de los usuarios de Internet declara usarlas todos o casi todos los días, una cifra que sube a casi la mitad entre los millennials. Lo significativo para este ensayo no es solo la magnitud de la adopción sino el tipo de uso que predomina: el 73% de los usuarios regulares recurre a la IA para resolver dudas y buscar explicaciones rápidas, el 49% para tareas de estudio y trabajo académico y un 18% para trabajo profesional que incluye la redacción de correos e informes. Estos datos confirman que la delegación del trabajo de formulación lingüística a sistemas algorítmicos no es un escenario hipotético sino una práctica extendida y en aceleración entre los internautas uruguayos. Más aún,

la mitad de los usuarios de IA declara estar usando Google menos que antes, lo que sugiere un desplazamiento en el modo mismo en que las personas buscan articular sus preguntas y obtener respuestas.

Hay una dimensión adicional que es preciso considerar. Los modelos de lenguaje no solo producen texto, producen un tipo particular de texto que tiene una voz, sigue y resuelve lo solicitado por el *prompt*. Esta voz, lejos de ser neutra, refleja las decisiones de diseño y entrenamiento de las corporaciones que desarrollan estos sistemas. Desde una perspectiva de Wittgenstein, lo significativo es que esta voz algorítmica empieza a funcionar como un nuevo patrón lingüístico disponible, un modelo de habla correcta que los usuarios internalizan. La cuestión no es solo que la IA hable por el sujeto ocasionalmente, sino que su modo de hablar empiece a funcionar como referencia para el propio modo de hablar y pensar.

La articulación con Wittgenstein y su concepto de lenguaje entonces permite identificar un primer nivel de incidencia de la IA generativa en la constitución subjetiva: la externalización del trabajo simbólico de formulación. Este nivel, que opera en el plano pragmático y es un principio observable, abre sin embargo preguntas que la filosofía del lenguaje por sí sola no puede responder del todo. Si lo que se externaliza no es solo una tarea sino un aspecto constitutivo de la subjetividad se vuelve necesario un marco teórico que piense la relación y constitución del sujeto de manera más profunda. Es aquí donde el psicoanálisis lacaniano, con sus tesis que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, ofrece otra dimensión de análisis.

2. La dimensión inconsciente: el Otro algorítmico

Para Lacan el sujeto no simplemente usa el lenguaje, sino que es constituido por él. En *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* sostiene que el síntoma “está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada” (Lacan, 1966/2009, p. 260). En *La instancia de la letra en el inconsciente* radicaliza esta tesis mostrando que el sujeto mismo es efecto de la cadena significante (Lacan, 1966/2009, p. 484). Que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje transforma la pregunta: ya no se trata solo de qué pasa cuando se delega la formulación a un algoritmo, sino qué ocurre con la constitución misma del sujeto cuando el lenguaje que lo constituye es co-producido algorítmicamente.

En la enseñanza de Lacan, el concepto de Otro (*Autre*, con mayúscula, para distinguirlo de otro semejante) ocupa un lugar central. El Otro no es una persona concreta sino el lugar de la convención significante, el código que precede al sujeto y lo constituye: “el inconsciente es el discurso del Otro” (Lacan, 1966/2009, pp. 491-492). El sujeto adviene como tal en la medida en que se inscribe en el campo del Otro: aprende a hablar, a desear según las coordenadas del deseo del Otro, a ocupar un lugar en la estructura simbólica que lo antecede.

En *El estadio del espejo como formador de la función del yo,* Lacan (1966/2009) describe lo que podría considerarse la escena primordial de la identificación: muestra que el sujeto solo puede reconocerse a través de una imagen externa, la especular. Esta imagen ofrece una totalidad ilusoria frente a la real incoordinación motriz del sujeto, quien asume lo que Lacan llama “la armadura por fin asumida de una identidad alienante” (p. 103), situando al yo en “una línea de ficción” (p. 100). Es a partir de esta alienación inaugural que el yo se inserta en “la dialéctica que desde entonces liga al yo con situaciones socialmente elaboradas” (p. 104).

Hay un aspecto de esta estructura que resulta decisivo para pensar la IA generativa: el Otro no es completo. El Otro, en Lacan, está marcado por una falta. No existe otro del Otro, es decir, no hay una garantía última del sentido (Lacan,1966/2003, p. 793). Esto significa que el Otro nunca responde completamente a la demanda del sujeto. Cuando el niño demanda algo a la madre (alimento, presencia, amor), la respuesta nunca es total. Hay siempre un resto, algo que no se satisface entre la demanda y la respuesta, producto de la falta en el Otro. Esta falta no es un defecto sino una condición estructural de la subjetivación: es porque el Otro no responde a todo lo que el sujeto se ve empujado a desear, a hablar, a elaborar, a crear. La falta es, paradójicamente, lo que motoriza la vida psíquica.

¿Qué tipo de Otro es, entonces, un sistema de IA generativa? La pregunta merece ser formulada con cuidado. No se trata de afirmar que Copilot o ChatGPT son el Otro en sentido lacaniano, como si ocuparan el lugar de lenguaje y de la ley. Se trata más bien de observar que estos sistemas, en la práctica cotidiana de millones de usuarios, funcionan en una posición que emula ciertas coordenadas del Otro: son a quienes se les dirige la palabra, quienes devuelven una respuesta articulada, quienes parecen entender la demanda. Se les habla, se les pregunta, se espera de estos sistemas una respuesta. En este sentido funcional, la IA ocupa un lugar que tiene resonancias con la posición del Otro.

Este Otro algorítmico presenta una particularidad estructural que lo distingue del Otro humano: no tiene falta. La IA generativa siempre responde. No se cansa, no se frustra, no desea. No hay en ella la opacidad del deseo del Otro, como dimensión enigmática a la que Lacan hace referencia en la pregunta *Che vuoi?* [¿Qué quiere de mí?], pregunta que el sujeto se formula ante el deseo del Otro y que es constitutiva de la angustia, pero también de la subjetivación (Lacan, 1966/2003, p. 794). Frente a la IA, esa pregunta no tiene sentido: el sistema no quiere nada. Su disponibilidad es total, su respuesta inmediata, su tono empático. Si el Otro lacaniano se caracteriza por la falta, la IA generativa se presenta como un Otro sin falta, o más precisamente, como la simulación de Otro que ha eliminado la falta.

Las consecuencias de interactuar cotidianamente con este Otro exigen ser pensadas. Si el deseo nace de la distancia entre la demanda y la respuesta, ¿qué sucede cuando esa distancia tiende a cero? Cuando alguien le pide a la IA que le ayude a expresar una emoción, que le resuelva una duda, que organice un argumento, la respuesta llega de inmediato, completa, sin tensión intersubjetiva. No hay espera, no hay malentendido productivo, no hay el tipo de resistencia simbólica que caracteriza al intercambio con otro sujeto deseante. En el encuentro con otro humano, la respuesta siempre viene teñida por el deseo del otro, sus propias limitaciones, su historia, su inconsciente. Esa opacidad, lejos de ser un obstáculo, es lo que obliga al sujeto a elaborar, a reformular, a sostenerse en la incertidumbre. La IA, al eliminar esa opacidad, ofrece una satisfacción más inmediata pero potencialmente más empobrecedora en términos de trabajo psíquico.

Possati (2020) ofrece un marco conceptual que permite articular estas conjeturas de manera más sistemática. En su artículo *Algorithmic unconscious: why psychoanalysis helps in understanding AI* [Inconsciente algorítmico: por qué el psicoanálisis ayuda a entender la IA], el autor propone una relectura de Lacan a través de la antropología de las ciencias de Latour para argumentar que el inconsciente es, desde siempre, efecto de una mediación técnica. Su argumento parte de la escena primordial lacaniana: en *El Estadio del espejo*, la identidad del niño no es producida solo por el niño ni solo por el espejo sino por la asociación entre ambos. El espejo es un artefacto técnico que participa activamente en la constitución subjetiva. Lo mismo ocurre con el lenguaje en el complejo de Edipo: una tecnología, el lenguaje, surge de una dinámica inconsciente y al mismo tiempo la transforma. El inconsciente, argumenta Possati (2020), produce técnica y la técnica a su vez reconfigura el inconsciente.

La propuesta de Possati con respecto a la IA es sugerente y requiere ser problematizada. ¿Es realmente la IA un nuevo registro, equiparable en su alcance constitutivo al imaginario y al simbólico? ¿O se trata más bien de una extensión del registro imaginario, de una sofisticación del espejo? A favor de la tesis de Possati puede argumentarse que la IA introduce algo cualitativamente nuevo: una mediación técnica que no solo refleja (como espejo) ni solo estructura (como lenguaje), sino que genera discurso, produce formulaciones con apariencia de comprensión. Sin embargo, también puede sostenerse que la IA opera en el registro imaginario: ofrece una imagen idealizada de comprensión, un reflejo sin falta que recuerda más a la captura imaginaria del espejo que a la castración simbólica del Nombre del Padre. El sistema devuelve al usuario una imagen de lo que quiere escuchar, como un espejo que no solo refleja, sino que embellece.

Sea cual sea la posición que se adopte en este debate, lo que resulta claro es que la interacción sostenida con estos sistemas produce efectos sobre la psiquis del sujeto. Consideremos la dinámica de la demanda: en Lacan, toda demanda, por estar articulada en términos simbólicos, va más allá de toda satisfacción y se convierte en demanda de amor que apunta al ser del Otro (Lacan, 1957-1958/1999, p. 414). Es decir, toda solicitud de información, de ayuda, de formulación, porta una demanda más fundamental de reconocimiento. Cuando alguien le pide a la IA que le ayude a redactar un mail difícil, hay una demanda explícita (el texto) y una demanda implícita (ser comprendido, ser acompañado en la dificultad). La IA satisface la demanda explícita, muchas veces con eficacia y simula satisfacer la implícita mediante un tono empático y disponible. Al satisfacer ambas demandas de manera inmediata y sin resto, elude la función que la falta cumple en la constitución del deseo. Si la frustración parcial de la demanda es lo que abre espacio al deseo, la satisfacción total lo podría cerrar.

Estas consideraciones teóricas tienen implicancias concretas para la práctica clínica en psicología. ¿Cómo se reposiciona un sujeto frente a este dispositivo cuando ya ha habituado su demanda a otro que siempre responde? Según la Primera Encuesta Nacional sobre Adopción y Usos de la IA en Argentina (Avenburg et al., 2025), un 20,3% de los usuarios de IA reporta utilizarla para conversación libre o apoyo terapéutico (p. 13), pese a las advertencias de los profesionales de la salud al respecto. La naturalización de este uso sugiere que la IA está ocupando, para una proporción significativa de la población, un lugar que tiene funciones análogas al espacio clínico, pero sin las condiciones estructurales que hacen de éste un espacio terapéutico.

La distinción anterior necesita ser precisada. La práctica analítica se sostiene en una economía particular del silencio y la palabra. La regla de abstinencia formulada por Freud (1915/1980) no constituye un accidente del dispositivo sino su condición de posibilidad: es la no-saturación de la respuesta lo que permite que el discurso del consultante se despliegue hacia lo no anticipado, hacia lo que no sabía que iba a decir. La asociación libre opera en el espacio que esa sustracción del analista abre; sin ella, la palabra queda capturada por la respuesta del otro antes de haber podido producir sus efectos.

La IA generativa invierte esta lógica. No por una intención de complacer, que supondría un sujeto detrás, sino por su diseño orientado a la satisfacción del usuario. Donde el dispositivo analítico sustrae respuesta para que el discurso trabaje, el sistema la produce de inmediato; donde el analista señala o devuelve una pregunta que desestabiliza el sentido aparente, el sistema ofrece una formulación que lo cierra. Esto plantea un fenómeno clínico que no puede pasarse por alto. Si un sujeto ha habituado su modo de elaboración a un interlocutor que nunca frustra, que devuelve formulaciones acabadas, ¿qué ocurre cuando se encuentra con un dispositivo que opera desde la lógica opuesta? Es razonable hipotetizar que la IA podría funcionar, en ciertos casos, como un modo de tramitación que evita el encuentro con la falta. Si, como se argumentó, toda demanda porta una demanda de amor, la IA satisface la forma de esa demanda sin tocar su fondo. Produce un efecto de cierre discursivo donde el espacio clínico busca, precisamente, apertura.

Como se describió en la dimensión anterior, ya Weizenbaum (1976) observó que los usuarios de ELIZA, chatbot que simulaba una terapeuta, atribuían comprensión genuina al sistema y establecían vínculos emocionales con ella. Lo que Weizenbaum descubrió empíricamente, el psicoanálisis permite pensarlo en términos estructurales: la tendencia a investir al Otro algorítmico como si fuera un sujeto deseante no es un error cognitivo sino una expresión de lo que podría considerarse la transferencia. La suposición de saber dirigida a un Otro. El sujeto sitúa al sistema en el lugar del *sujeto supuesto saber* y, desde esa posición, la IA recibe una investidura que excede su naturaleza técnica. Possati (2020) describe este proceso como un deseo de identificación que va de los humanos a las máquinas y que constituye el motor del inconsciente algorítmico (p. 9).

La diferencia con ELIZA es de escala y de sofisticación técnica: los LLM actuales no solo reformulan sino que generan, anticipan, modulan respuestas. Si ELIZA producía transferencia con reglas simples, los sistemas actuales la facilitan con una verosimilitud

sin precedentes. Como se señaló anteriormente, dentro de los usos más recurrentes de la IA (resolver dudas, buscar explicaciones, producir textos académicos y profesionales) no son interacciones meramente instrumentales: implican formular preguntas en primera persona y recibir una respuesta que se presenta como comprensión. En términos lacanianos, implican dirigir la palabra a un Otro y recibir de él algo que tiene la forma de un saber.

Los datos de la Encuesta Nacional Argentina sobre Adopción de IA refuerzan esta lectura desde otro ángulo. Avenburg et al. (2025) muestran que la adopción de la IA en el ámbito laboral sigue una dinámica que los autores caracterizan como *bottom-up* [desde abajo hacia arriba]: el 85,6% de quienes usan IA en su trabajo aprendió a hacerlo por cuenta propia, solo el 13,7% recibió alguna capacitación por parte de su organización y apenas el 16% reporta que exista una estrategia institucional para incorporar estas herramientas (pp. 27-28). Lo que estos datos revelan no es solo una carencia de políticas empresariales sino una configuración particular del vínculo entre el sujeto y el sistema: la relación con el Otro algorítmico se está constituyendo de manera predominantemente individual sin mediación institucional que introduzca una distancia simbólica frente a la herramienta.

El análisis lacaniano permite, entonces, identificar una segunda dimensión de incidencia de la IA generativa en la constitución subjetiva, más profunda que la primera ya que no solo se externaliza el trabajo de formulación, sino que se altera la relación misma del sujeto con el Otro, con la falta y con el deseo. La IA generativa ofrece una simulación de Otro que, precisamente por su completitud, podría debilitar las condiciones estructurales que motorizan la subjetivación, y lo hace en un contexto donde la ausencia de mediación institucional amplifica esos efectos. Sin embargo, estas transformaciones no ocurren en un vacío abstracto. Los sistemas de IA generativa son productos de corporaciones específicas, diseñados según lógicas comerciales particulares, desplegados en configuraciones político-económicas concretas. La disponibilidad permanente, el tono empático, la ausencia de fricción, no son características naturales de estos sistemas sino decisiones de diseño con efectos subjetivos. Para analizar lo que está en juego, es necesario abordar la dimensión política de esta configuración.

3. La dimensión política: tecnología, centralización y subjetividades

La IA generativa que utilizan millones de personas no es una tecnología genérica sino un conjunto de productos concretos, desarrollados por corporaciones, regidos por modelos de negocio particulares y desplegados en configuraciones político-económicas determinadas. Ignorar esta dimensión equivaldría a analizar los efectos subjetivos de la imprenta sin considerar quién controlaba las imprentas, qué se imprimía y para quién. La pregunta por la subjetividad es, inevitablemente, una pregunta política.

Como se planteó en la introducción, la tensión entre promesa emancipadora y amenaza de dominación ha acompañado cada revolución tecnológica. El debate entre Ellul (1954/1964) y Bookchin (1965) condensaba esa tensión: para Ellul, la técnica moderna había adquirido una autonomía propia que escapaba al control humano; para Bookchin, la clave no residía en la herramienta sino en quién la controla, para qué fines y bajo qué organización social. Una tecnología descentralizada, a escala humana, podría liberar; una tecnología centralizada y corporativa podría reproducir dominación. Sesenta años después de este debate, la configuración actual de la IA generativa permite retomar aquella tensión con otra intensidad y también con una complejidad que ninguno de los dos autores pudo anticipar.

La configuración actual de la IA generativa se inclina decididamente hacia el polo que Bookchin temía. Los grandes modelos de lenguaje son desarrollados por algunas corporaciones (OpenAI, Google, Meta, Anthropic) que concentran los recursos computacionales, los datos de entrenamiento y el talento especializado para producirlos. Según estimaciones del *Stanford AI Index Report* (2025), el costo computacional de entrenar un solo modelo de frontera (IA generativa más avanzada), como GPT-4 ronda los 78 millones de dólares, cifra que asciende a 191 millones en el caso de Gemini Ultra de Google. Cottier et al. (2024) señalan que estos costos han crecido a un ritmo aproximadamente 2.4 veces por año desde 2016 y proyectan que los modelos más grandes podrían superar los mil millones de dólares hacia 2027. Estos costos vuelven el desarrollo de modelos de frontera estructuralmente inaccesible para la mayoría de los actores del ecosistema global de IA. Como señala el ILIA 2025 (CEPAL y CENIA, 2025), América Latina ha avanzado significativamente en la adopción de la IA, pero enfrenta una asimetría fundamental: la región concentra entre el 15% y el 20% de las descargas globales de aplicaciones de IA generativa, mientras que el diseño de los modelos, las decisiones sobre su entrenamiento y las reglas que gobiernan su comportamiento se toman en un puñado de empresas con sede en Estados Unidos. Uruguay, clasificado

como pionero regional junto a Chile y Brasil, destaca en infraestructura per cápita, pero no escapa a esta condición. La región participa activamente en la descarga y uso de aplicaciones de IA generativa pero las reglas de funcionamiento se definen en Silicon Valley.

Cottier et al. (2024) documenta que los costos de personal de investigación y desarrollo representan entre el 29% y el 49% del costo total de desarrollo de un modelo de frontera, dependiendo del modelo. La barrera, entonces, no es solo de infraestructura, sino de talento. Esta concentración no es solo un problema de geopolítica tecnológica, también tiene consecuencias directas sobre los efectos subjetivos analizados en las dimensiones anteriores. Las características que hacen de la IA un Otro sin falta no son propiedades intrínsecas de los modelos de lenguaje sino decisiones de diseño. Detrás de cada interacción con ChatGPT hay un proceso llamado *Reinforcement Learning from Human Feedback* (RLHF), mediante el cual el sistema es entrenado para producir respuestas que los evaluadores humanos califican como *helpful, harmless and honest* [útiles, inofensivas y honestas] (Ouyang et al., 2022). Este proceso codifica una normatividad, define qué cuenta como una buena respuesta, qué tono es apropiado y cuándo es asertivo o evasivo. En otras palabras, la voz del sistema, tan equilibrada, fluida y complaciente, que los usuarios internalizan como modelo de habla correcta, es producto de decisiones corporativas orientadas por métricas de satisfacción y retención.

Según el *Stanford AI Index Report* (2025), en 2024 casi el 90% de los modelos de la IA fueron producidos por la industria, frente al 60% apenas un año antes, mientras que la academia, que históricamente lideró la investigación en IA, ha perdido la capacidad de producir modelos competitivos. A esto se le suma una asimetría geográfica: de los modelos de IA clasificados como *notables* por el *AI Index Report*, solo tres surgieron de instituciones europeas en 2024, frente a 40 producidos en Estados Unidos (Maslej et al., 2025, p.46). Esta asimetría en la producción implica una asimetría en la normatividad: quienes diseñan los modelos definen los criterios de afinamiento, los umbrales de lo que el sistema considera aceptable o inaceptable, y el tono con el que responde. Cuando el 90% de los modelos proviene de corporaciones concentradas en una misma región geopolítica, la voz que esos modelos producen refleja inevitablemente un conjunto particular de valores y sensibilidades.

El *AI Index* (Stanford, 2025) señala que los LLM entrenados con medidas explícitas para reducir sesgos, incluyendo GPT-4 y Claude, continúan mostrando sesgos implícitos ya que asocian desproporcionadamente términos negativos con personas

negras, vinculan a las mujeres con las humanidades en lugar de con las ciencias y favorecen a hombres para roles de liderazgo. Estos hallazgos son significativos para este ensayo en tanto refuerza la idea de que el Otro algorítmico que se presenta como neutro y completo porta una normatividad que no reconoce. Su simulación de neutralidad es, en sí misma, una operación ideológica. Desde la perspectiva política, esta información muestra que las decisiones de diseño, por más bienintencionadas que sean, no logran neutralizar los sesgos contenidos en los corpus de entrenamiento, que son a su vez producto de las desigualdades sociales existentes.

A estos sesgos documentados se les agrega una dimensión que ataña directamente a la relación entre lenguaje y forma de vida planteada en la primera parte del ensayo: la hegemonía lingüística de los corpus de entrenamiento. Los grandes modelos de lenguaje son entrenados predominantemente con texto en inglés. Según el ILIA 2025 (CEPAL y CENIA, 2025), el español representa apenas una fracción menor de los datos de entrenamiento de los principales modelos, pese a ser la cuarta lengua más hablada en el mundo. Esto implica que incluso cuando estos sistemas responden en español, su estructura conceptual, sus patrones argumentativos y sus marcos de referencia están moldeados por un corpus anglófono. En términos de Wittgenstein, el modelo ha aprendido los juegos del lenguaje de una forma de vida particular, la del mundo anglosajón, y los proyecta como si fueran universales.

Para América Latina, esta condición adquiere una significación específica. La región no solo consume una tecnología producida en otro lugar, sino que consume los marcos conceptuales que esa tecnología porta. Es cierto que los sistemas actuales modulan su registro según el interlocutor y son capaces de replicar, hasta cierto punto, el estilo discursivo de quien los usa. No se trata de una imposición burda de un modo de decir ajeno. Sin embargo, el repertorio desde el cual el sistema modula, las categorías disponibles, los modos de argumentar que le resultan más accesibles, los matices que reconoce y los que no, están configurados por un corpus de entrenamiento que refleja una forma de vida particular. La homogeneización, si la hay, no opera por imposición sino por disponibilidad: el sistema ofrece simplemente una formulación fluida, lista, accesible, y esa facilidad misma puede desplazar progresivamente la necesidad de buscar una voz propia. Lo que se pone en juego no es la capacidad de hablar sino el trabajo de encontrar cómo decir las cosas. Ese trabajo, como se argumentó desde Wittgenstein y desde Vygotsky, no es un adorno, sino un aspecto constitutivo del proceso por el cual el sujeto se constituye en relación con su palabra.

Aquí se cruzan la dimensión política y la dimensión subjetiva. Las corporaciones que desarrollan estos sistemas operan bajo una lógica de mercado que premia el *engagement*, es decir, la frecuencia y duración de uso. Un sistema que frustra, que deja preguntas sin responder, que introduce ambigüedad o que confronta al usuario con sus contradicciones sería, desde esta lógica, un mal producto. La eliminación de la fricción no es un accidente, sino un objetivo de diseño. Pero como se argumentó desde el marco lacaniano, la fricción, la falta y la frustración parcial de la demanda son precisamente las condiciones que motorizan el deseo y la elaboración subjetiva. Existe, entonces, una tensión estructural entre la lógica comercial de estos sistemas y las condiciones psíquicas de la subjetivación. Lo que es bueno para el modelo de negocio podría no ser bueno para la constitución del sujeto.

La dimensión de la homogeneización lingüística, señalada previamente en el marco de Wittgenstein, adquiere aquí una nueva lectura. Si los modelos de lenguaje producen un particular discurso y si ese discurso empieza a funcionar como referencia para el modo en que los propios usuarios hablan y piensan, lo que se produce no es solo una influencia estilística, sino una operación de poder. Bookchin (1965) advertía que una tecnología centralizada reproduce la dominación; aquí la dominación no se ejerce mediante la coerción, sino mediante la oferta de un modelo discursivo que se presenta como deseable. La IA no impone una manera de hablar, sino que la sugiere, la facilita, la vuelve disponible como atajo. Pero en la medida en que ese modelo discursivo es producido por unas corporaciones y refleja sus valores, prioridades y puntos ciegos, su naturalización tiene implicancias políticas que exceden lo lingüístico.

¿Acaso es posible una IA generativa que no produzca estos efectos? ¿Es posible una IA descentralizada, a escala humana, que preserve la fricción simbólica en lugar de eliminarla? Existen experiencias que apuntan hacia una relativa descentralización. Meta liberó la familia de modelos LLaMA (Touvron et al., 2023) y la startup francesa Mistral (Jiang et al., 2023) hizo lo propio con modelos competitivos de menor tamaño, permitiendo que comunidades académicas y desarrolladores locales accedan a modelos base y los adapten a necesidades específicas. Sin embargo, como argumentan Widder, West y Whittaker (2023), la retórica de código abierto en IA no equivale a una democratización real. Los recursos necesarios para entrenar y mantener modelos competitivos siguen concentrados en un pequeño grupo de corporaciones y la apertura funciona en muchos casos como una estrategia competitiva más que como un proyecto emancipador.

La pregunta que esta dimensión política deja abierta no es solo qué controla la tecnología, sino si la lógica misma del modelo de lenguaje, que opera extrayendo patrones estadísticos de enormes corpus textuales y optimizando para la satisfacción del usuario, es compatible con una producción lingüística que preserve la singularidad, la ambigüedad y la fricción que caracterizan al intercambio humano. Es decir, si el problema es solo de quién tiene las llaves, como pensaba Bookchin, o si hay algo en la estructura misma de la herramienta que tiende hacia la homogeneización, como temía Ellul. Esta tensión no se resuelve en el plano teórico; se dirime en las prácticas concretas de uso, diseño y regulación que las sociedades adopten frente a estos sistemas.

Conclusión

Este ensayo se propuso explorar la incidencia de la IA generativa en la constitución subjetiva a partir de tres dimensiones que, lejos de ser compartimentos separados, se revelaron como aspectos entrelazados de un mismo fenómeno. La filosofía del lenguaje de Wittgenstein permitió identificar que la delegación del trabajo de formulación a un sistema algorítmico no externaliza una tarea mecánica, sino un aspecto del proceso mismo de pensar. El psicoanálisis lacaniano mostró que esa externalización no es solo pragmática, sino estructural: la IA generativa opera como Otro sin falta, que, al satisfacer la demanda sin resto, altera las condiciones que motorizan el deseo y la subjetivación. La dimensión política, a su vez, reveló que esa completitud sin falta no es una propiedad natural de la tecnología, sino una decisión de diseño, orientada por lógicas comerciales de engagement y producida desde configuraciones de poder altamente centralizadas.

Lo que la convergencia de estas tres dimensiones permite ver es algo que ninguna de ellas, por separado, haría visible con la misma claridad. Las tres coinciden en señalar que la constitución subjetiva no es un proceso lineal ni pacífico, sino que supone un trabajo: buscar las palabras que constituyen el pensamiento en el acto mismo de formularlo, la distancia irreductible entre la demanda y la respuesta del Otro que abre el espacio del deseo y la resistencia que el intercambio con otros sujetos deseantes opone a la inmediatez. La IA generativa se sitúa precisamente en esa intersección: es una tecnología que interviene en el punto donde el sujeto se constituye en relación con el lenguaje y lo hace ofreciendo una fluidez que elude ese trabajo, esa distancia y esa resistencia. Y como se argumentó en la tercera dimensión, esta elisión no es un

accidente, sino un objetivo de diseño: orientado por una lógica comercial para la cual la fricción simbólica constituye un defecto a eliminar.

No se trata simplemente de que la IA generativa cambie las herramientas con las que nos comunicamos, ni de que constituya un problema de política tecnológica, ni de que plantee una cuestión clínica. Lo que está en juego es la relación entre el sujeto y su propia palabra, mediada ahora por un sistema que simula comprensión sin comprender, que produce discurso sin habitar una forma de vida, que ofrece un andamiaje que no se retira, y que lo hace desde una posición de poder que no se reconoce como tal. La IA generativa no cambia solo lo que el sujeto hace con el lenguaje; participa de lo que el lenguaje hace con el sujeto.

Quedan abiertas preguntas que este ensayo no pretende resolver, pero considera necesario formular: ¿qué efectos tendrá la interacción sostenida con estos sistemas sobre las generaciones que crecen con ellos como interlocutores cotidianos? ¿Qué tipo de habla interna se está constituyendo en quienes delegan de manera creciente la formulación de sus ideas a un algoritmo? Y una pregunta que solo puede formularse desde la articulación de las tres dimensiones: si el trabajo de elaboración que constituye al sujeto es simultáneamente condición de pensamiento, motor del deseo y obstáculo para el modelo de negocio, ¿qué lugar queda para la singularidad subjetiva en un ecosistema tecnológico diseñado para eliminar ese trabajo?

Bookchin (1965) señalaba que tenía la certeza de que el ser humano no ha nacido para ser esclavo de la técnica. Esta certeza, que sigue siendo una apuesta ética más que una constatación empírica, requiere hoy un trabajo específico: no disociar los efectos subjetivos de la IA de sus condiciones materiales de producción. La voz algorítmica que se naturaliza como modelo de habla correcta no emerge de la nada, sino de decisiones corporativas concretas. Es importante problematizar la democratización del acceso, no simplemente celebrarla, sino interrogar qué es exactamente lo que se está democratizando: acceder a un modelo de lenguaje no es lo mismo que participar en su diseño/configuración.

Sin embargo, ni la problematización del acceso ni la advertencia individual resultan suficientes si no se sostienen desde un marco que articule las dimensiones trabajadas en este ensayo. Sin esa articulación, la reflexión sobre la IA corre el riesgo de reducirse a una pedagogía del buen uso que deja intactas las condiciones estructurales del fenómeno. Lo que este ensayo ha intentado mostrar es que esas condiciones no son separables: la fluidez sin fricción que ofrece la IA es simultáneamente un efecto de diseño corporativo, una alteración de las coordenadas

del Otro y una transformación del trabajo simbólico que constituye al sujeto. Pensar una dimensión sin las otras empobrece el análisis; articularlas no lo cierra, sino que lo sostiene en su complejidad.

La posición que este ensayo asume es la de que la IA generativa no puede pensarse como una herramienta más en la historia de las tecnologías de la comunicación. Interviene en el punto preciso donde el sujeto se constituye: la relación con el lenguaje, con el Otro, con la falta, y lo hace con una eficacia y una escala que no tienen precedente. No se trata de demonizar la tecnología ni de celebrarla: se trata de reconocer que sus efectos sobre la subjetividad son inseparables de las condiciones políticas y económicas en las que se despliega y que la psicología no puede pensar esos efectos si no se abre al diálogo con la filosofía del lenguaje, el psicoanálisis y el análisis político de la técnica. Siguiendo la línea de Vygotsky sobre la constitución del habla interna a partir de la internalización de los intercambios sociales, si una proporción creciente de esos intercambios es con un sistema que opera sin forma de vida, sin falta y sin deseo, es razonable hipotetizar que estamos ante una reconfiguración del modo en que los sujetos se relacionan con su propia palabra. Sostener esta pregunta abierta, resistir a la urgencia de cerrarla con respuestas prematuras y mantener la articulación entre lenguaje, inconsciente y poder como marco para pensarla es, quizás, el aporte que la psicología puede hacer frente a un fenómeno que, por su velocidad y su escala, corre el riesgo de ser naturalizado antes que comprendido.

Referencias

Avenburg, A., Bendersky, A., Judzik, D., Yankelevich, D., Levy Yeyati, E., Dorna, G., Juara, J. G., O'Farrell, J., Ruiz Nicolini, J. P., Santolaria, M., Barrera, M., Kunst, M. y Guilera, S. (2025). *Encuesta Nacional sobre Adopción de IA en Argentina. Relevamiento Individuos Agosto-Septiembre 2025* [Documento de Políticas Públicas N.° 37]. Universidad Torcuato Di Tella. https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/14100

Bookchin, M. (1965). *Hacia una tecnología liberadora*. The Anarchist Library. https://es.theanarchistlibrary.org

CEPAL y CENIA. (2025). *Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial (ILIA) 2025*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Cottier, B., Rahman, R., Fattorini, L., Maslej, N., Besiroglu, T. y Owen, D. (2024). *The rising costs of training frontier AI models*. https://arxiv.org/abs/2405.21015

Ellul, J. (1964). *The technological society* (J. Wilkinson, Trad.). Vintage Books. (Trabajo original publicado en 1954).

Freud, S. (1980). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, 3). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 159-174). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Fridman, L. (Anfitrión). (2025, 5 de junio). Sundar Pichai: CEO of Google and Alphabet (N.° 471) [Episodio de pódcast en video]. En *Lex Fridman Podcast*. YouTube. https://youtube.com/watch?v=9V6tWC4CdFQ

Grupo Radar. (2025). *El Perfil del Internauta Uruguayo 2025* (22ª edición, módulo personas).

Jiang, A. Q., Sablayrolles, A., Mensch, A., Bamford, C., Chaplot, D. S., de las Casas, D., Bressand, F., Lengyel, G., Lample, G., Saulnier, L., Lavaud, L. R., Lachaux, M.-A., Stock, P., Le Scao, T., Lavril, T., Wang, T., Lacroix, T. y Sayed, W. E. (2023). *Mistral 7B*. https://doi.org/10.48550/arXiv.2310.06825

Lacan, J. (1999). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós. (Obra original publicada en 1957-1958).

Lacan, J. (2003). *Escritos 2* (T. Segovia y A. Suárez, Trads.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1966).

Lacan, J. (2009). *Escritos 1* (T. Segovia y A. Suárez, Trads.; 3.ª ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1966).

Maslej, N., Fattorini, L., Brynjolfsson, E., Etchemendy, J., Ligett, K., Lyons, T., Manyika, J., Ngo, H., Niebles, J. C., Parli, V., Shoham, Y., Wald, R., Clark, J. y Perrault, R. (2025). *Artificial Intelligence Index Report 2025*. Stanford Institute for Human-Centered Artificial Intelligence (HAI), Stanford University.

OpenAI. (2026). *About OpenAI*. https://openai.com/about

Ouyang, L., Wu, J., Jiang, X., Almeida, D., Wainwright, C., Mishkin, P., Zhang, C., Agarwal, S., Slama, K., Ray, A., Schulman, J., Hilton, J., Kelton, F., Miller, L., Simens, M., Askell, A., Welinder, P., Christiano, P., Leike, J. y Lowe, R. (2022). *Training language models to follow instructions with human feedback*. https://arxiv.org/abs/2203.02155

Possati, L. M. (2020). Algorithmic unconscious: Why psychoanalysis helps in understanding AI. *Palgrave Communications*, *6*(70), 1–13. https://doi.org/10.1057/s41599-020-0445-0

Reuters Institute for the Study of Journalism. (2025). *Generative AI and News Report*. University of Oxford.

Touvron, H., Martin, L., Stone, K., Albert, P., Almahairi, A., Babaei, Y., Bashlykov, N., Batra, S., Bhargava, P., Bhosale, S., Bikel, D., Bleber, L., Ferrer, C. C., Chen, M., Cucurull, G., Esiobu, D., Fernandes, J., Fu, J., Fu, W., … Scialom, T. (2023). *Llama 2: Open foundation and fine-tuned chat models*. https://arxiv.org/abs/2307.09288

Turing, A.M. (1950). Computing machinery and intelligence. *Mind, 59* (236*),* 433-460.

Vygotsky, L. S. (1995). *Pensamiento y lenguaje*. Ediciones Fausto. (Obra original publicada en 1934).

Weizenbaum, J. (1976). *Computer power and human reason: From judgment to calculation*. W.H. Freeman and Company.

Widder, D. G., West, S. y Whittaker, M. (2023*). Open (for business): Big tech, concentrated power, and the political economy of open AI*. SSRN. https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=4543807

Wittgenstein, L. (1953/1988). *Investigaciones filosóficas* (A. García Suárez y U. Moulines, Trads.). Crítica.